



*Primera
parte*

Capítulo 1

EN EL QUE BREVEMENTE CONOCEMOS AL
CABALLERO Y A LA DAMA.

10 de febrero de 1813

Mi muy estimado (aunque desconocido) lord Hardwick:

Antes de que proceda usted a deshacerse de esta carta de una forma, estoy segura, nada desdeñosa, permítame llamar su atención sobre que la idea de escribirle ha sido mía y solo mía. No encontrará en estas palabras ningún empeño ajeno. De hecho, el señor Jeningham, mi amado padre, se escandalizaría si supiera de su existencia. Así pues, me dirijo a usted por voluntad propia.

A estas alturas, ya ha quedado patente que su tiempo es demasiado valioso para ser malgastado en frivolidades tales como conocer a la que, según todos los indicios, acabará siendo su esposa. Sin embargo, me veo en la incómoda situación de requerir su preciosísima presencia. No quisiera que se preocupara por mí imaginando que se trata de un problema de salud, pues puedo afirmar con rotundidad que ni siquiera la promesa de mi futuro enlace con usted consigue minar mi ánimo. De hecho, podría decirse, sin por ello faltar a la verdad, que mi interés por conocerlo responde tan solo a una cuestión práctica: coincidirá conmigo en que sería recomendable que

pudiera usted reconocerme el día que nos presentemos en la iglesia..., pletóricos de amor, cómo no.

Desde que me convertí en su feliz prometida, no he dudado ni un solo día de la impaciencia con que, según me transmiten sus allegados, aguarda usted el día de nuestra unión. Comprendo que esa impaciencia es de tales magnitudes que, ya puestos, prefiere dejarlo todo —hasta las presentaciones— para el último momento. Tan solo ruego a Dios para que no se cruce con alguna otra y, confundiéndola conmigo, la convierta en su esposa antes de darse cuenta de que se ha equivocado de mujer. Cosas más raras se han visto, ¿no le parece?

Con todo esto solo pretendo hacerle ver —si es que acaso fuera posible que una mujer joven e ingenua pudiera arrojar luz sobre cualquier asunto— que podría ser recomendable su presencia en Jeningham House antes de que hasta mi dama de compañía haya alcanzado la senectud (déjeme decirle que cuenta veintidós años).

Por último, milord, espero que no imagine usted ni por un segundo que mis líneas están cargadas de sutil ironía. Me tengo por una persona muy poco dada a las sutilezas.

Con todo mi desconocido respeto,
Miss Jeningham

No existían muchas cosas capaces de arrancar una carcajada a Liam Westfield. Tal vez ese fuera el mayor logro de aquellas líneas. Apenas había tenido intención de leer la carta de la señorita Jeningham, a lo sumo una rápida ojeada, solo por curiosidad, pero el descaro que había encontrado en sus palabras lo había obligado a seguir adelante. Aquella joven podía darse por satisfecha: sería la primera vez en toda su vida que leía de arriba abajo la carta de una mujer que no fuera su hermana.

No podía negarle el mérito. No solo se había atrevido a es-

cribirle sin que él la animase a hacerlo, sino que además había utilizado un tono, como mínimo y siendo generoso, alejado del respeto que exigían las leyes del decoro. La señorita Jenningham había querido dejar muy claro lo que opinaba de su falta de interés en ella, y, teniendo en cuenta la magnitud de la indiferencia que le había mostrado, a Liam le parecía que incluso había sido comedida.

Hacía seis años que estaba prometido con la joven Jenningham. La muchacha debía de contar poco más de diez cuando se formalizó el compromiso, así que nadie esperaba que la boda se celebrase de inmediato. Tampoco es que él supiera por entonces nada de ese arreglo: su padre lo había dejado todo apalabrado antes de morir, pero no había considerado necesario compartir sus planes con Liam, por más que él fuera el principal implicado en el trato.

¿Qué edad tendría ahora la chica? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete? De acuerdo, a sus veintisiete años él no era ningún viejo (algunos hasta dirían que aún era joven para pensar en casarse), pero, aunque una diferencia de doce años con la esposa no fuera algo extraño entre sus conocidos, esa muchachita que seguía esperándolo en Jenningham House despertaba en él cualquier cosa menos sus instintos maritales.

Y, aun así, se le agotaba el tiempo. Cada día que transcurría sin que la señora Jenningham se presentara en Londres reclamando una fecha para la boda de su hija era un día de suerte. La única razón por la que no lo había hecho aún, podía suponer, era que los Jenningham estaban tan seguros de que el acuerdo era cosa hecha que ni siquiera les urgía rematarlo.

Ahora que lo pensaba... ¡Señor, ni siquiera recordaba cómo se llamaba la chica! ¿Lis? ¿Eliza? La muy canalla había firmado como «Miss Jenningham» y no le cabía duda de que lo había hecho a propósito. Tenía que hacer algo al respecto. Y pronto. La

pobre muchacha parecía bastante molesta con él, y lo cierto era que no podía reprochárselo. «Tan solo ruego a Dios para que no se cruce con alguna otra y, confundiéndola conmigo, la convierta en su esposa antes de darse cuenta de que se ha equivocado de mujer». Liam esbozó una sonrisa ante aquella ocurrencia, sobre todo porque llevaba razón. Nunca la había visto. No tenía ni idea de quién o cómo era la mujer con la que su padre lo había prometido. Apenas sería una muchacha, pero había que reconocerle el valor de escribirle esas líneas sin que le temblase el pulso. Los trazos eran firmes, furiosos incluso.

Pensó en esa dama de compañía de veintidós años que corría el peligro de llegar a vieja antes de su visita. Era tan solo un poco mayor que su hermana. Helen, la menor de los Westfield, acababa de cumplir veinte. ¿Cómo demonios se suponía que iba él mirar a una muchacha de dieciséis y convencerse de que tenía que casarse con ella? Eso al margen del hecho de que casarse no entraba ni por asomo en sus planes. Con quién era lo de menos, porque no habría ninguna boda. Sin embargo, en algo tenía razón su joven prometida: tal vez ya iba siendo hora de hacer una visita a Jeningham House para solucionar el asunto. Debía zanjar la cuestión de una vez y...

Unos golpes impacientes en la puerta del despacho sacaron a Liam de sus cavilaciones. Miró el reloj de pie que había junto a la chimenea: las once de la noche. La probabilidad de que fueran buenas noticias era muy escasa.

—Adelante.

La cabeza de Henry, su mayordomo, asomó apenas unos centímetros, a la espera de su consentimiento. Cuando se lo dio, entró en la habitación y no necesitó más indicaciones por parte de Liam, quien, poniéndose en pie, lo miró con atención. La carta de la joven Jeningham había quedado olvidada sobre el escritorio.

—Milord, un joven, unos quince años, mozo de cuabras. Un caballo se ha encabritado y, al parecer, lo ha embestido.

—¿Dónde está? —preguntó Liam, que ya se estaba poniendo la chaqueta y el abrigo.

—En el Brook's, milord.

Esas palabras lo detuvieron a medio camino de la puerta. El Brook's de St. James's era uno de los clubs de caballeros más importantes de la ciudad; era imposible que el conde de Hardwick pasara desapercibido. Henry se apresuró a añadir:

—Le he dicho al chico que ha venido a dar el aviso que entrará usted por la puerta de atrás.

—Bien —asintió Liam—, pues esperemos que a ningún señorito le haya dado por hacerse el héroe esta noche.

—A parte de a usted, claro —dijo Henry, con sorna.

Liam soltó una risotada y salió al vestíbulo, dejando la puerta abierta detrás de él:

—Te voy a bajar el sueldo, Henry.

Mientras se alejaba, aún tuvo tiempo de oír al hombre que, de una forma u otra, siempre conseguía quedarse con la última palabra:

—¡Pues a este paso acabaré pagándole yo a usted, milord!



El joven conde de Hardwick no podía saber que, a una distancia considerable de allí, sobre una cama mullida, a oscuras y tratando de no elevar la voz más allá de unos quedos susurros, la señorita Jenningham y su mejor amiga, la joven Alice Harrington, que desempeñaba un extraño papel híbrido, a medio camino entre dama de compañía y hermana responsable, hablaban con toda la agitación que el silencio impuesto les permitía.

Hablaban sobre él.

Y no es que ese fuera un tema recurrente en sus conversacio-

nes, pues procuraban tener cosas más importantes en las que pensar, pero los recientes acontecimientos las tenían a ambas un poco nerviosas. Más nerviosas de lo habitual.

—No debí permitir que la enviaras... ¿Qué estoy diciendo? ¡No debí permitir que la escribieras, en primer lugar! ¿Cómo he podido ser tan estúpida? —dijo Elise Jenningham.

—No eres estúpida —replicó Alice frunciendo el ceño—. Deja ya de lamentarte. No te pareció tan mala idea cuando te la enseñé.

—¡Claro que no! Me pareció que era justo lo que necesitábamos, como tú dijiste. Una travesura, una tontería con la que llamar su atención y acelerarlo todo de una vez, pero...

—¿Pero...?

—¿Y si anula el compromiso? —Elise intentaba esconderlo, pero Alice sabía que, en circunstancias más propicias, a su amiga esa posibilidad le habría resultado un alivio—. Necesitamos salir de aquí.

Y lo necesitaban de verdad. Las cosas en Jenningham House se estaban poniendo difíciles, cuando no peligrosas, pero eso era algo que ya sabían, así que no había ninguna necesidad de extenderse en explicaciones que solo habrían conseguido minar el ánimo de ambas.

Se hizo un silencio breve pero pesado, lleno de todas las cosas que no necesitaban decirse, y Alice deseó romperlo con las palabras adecuadas, unas que las hicieran sonreír. Al final, fue Elise quien habló primero:

—No... —Se encogió de hombros, algo más calmada—. Tienes razón. En realidad, es probable que ni siquiera la lea. Y si lo hace, solo pensará que soy estúpida. El conde va a pensar que soy una maldita cabeza hueca.

—¡No va a pensar eso! —dijo Alice, herida en su orgullo—. Créeme, puede pensar muchas cosas, pero, con la carta que es-

cribí, que eres estúpida no será una de ellas. La revisé veinte veces y estoy segura de que, por lo menos, tendrá que valorar tu ingenio. Eso como mínimo.

—Querrás decir el tuyo —la corrigió Elise con una sonrisa.

Y era cierto. Cuando había animado a Elise a que le escribiera una carta al conde de Hardwick, ese hombre del que parecían estar obligadas a saberlo todo, pero al que no habían visto ni una sola vez, su amiga había coincidido en que era una buena idea. En teoría. Pero a la hora de poner negro sobre blanco unas cuantas palabras, la muchacha se había quedado tan bloqueada que solo había sido capaz de dejar la pluma en las manos de Alice. Y si algo tenía claro ella era que una dulce e inocente carta, una en la que le rogase al conde que la visitara, no ayudaría a su amiga. Ese hombre era un calavera, a fin de cuentas. Eso lo sabía cualquiera que hubiese oído hablar de él: años de enemistad con su padre, el anterior conde; alguna que otra salida de tono en ciertas reuniones de la alta sociedad londinense; y, por lo que cuchicheaban a veces las criadas, incluso se había fugado del país... Si no fuera por su título, nadie se referiría a él como «un buen partido», la verdad. Pero un título era lo único que le importaba al señor Jeningham.

Así pues, teniendo en cuenta el retrato que se habían formado de lord Hardwick, Alice había llegado a la conclusión de que, si querían acelerar las cosas y salir de allí, debían sorprenderlo. Llamar su atención. Dejarle claro que, por lo que a Elise respectaba, él podía hacer lo que le diera la real gana, pero con la condición de que hiciera algo de una vez por todas.

—No quería decir que la carta no fuera buena —aseguró Elise—; de hecho, era magnífica. Y muy gentil, a decir verdad.

Alice frunció los labios con escepticismo. Elise, que de pronto se mostraba muy interesada por el aspecto de sus uñas, fingió no verlo, pero el efecto se perdió cuando ambas se echaron a reír, tratando de ahogar el ruido entre las almohadas.

—Supongo que es gentil comparado con lo que se merece —dijo Alice, cuando por fin pudo controlar su risa, aunque volvió a estallar nada más terminar la frase.

—En realidad, te lo agradezco. ¿Quién sabe? A lo mejor la carta lo sorprende tanto que de pronto se interesa por mí. Aunque, en teoría, serías tú la que le interesaría. —Elise volvió a reír—. ¡Esa sí que sería buena!

—El interés le duraría el tiempo que tardase en descubrir que no estoy a su altura.

—¿Qué dices? Tú vales mil veces más que ese patán.

—Estoy segura de que tú lo crees —dijo Alice, conmovida por la ferocidad con la que había hablado su amiga—, pero te aseguro que la sociedad no piensa lo mismo. No tengo ningún estatus, querida.

Y, por mucho que le pesara, era cierto. Nadie ponía en duda cuál era el lugar de Elise en el mundo. Como hija de un terrateniente adinerado, Elise Jeningham tenía ya un futuro trazado ante sí. Alice, por su parte... Ni siquiera estaba segura de saber quién era. ¿La hija de una sirvienta y un don nadie? ¿Una huérfana reconvertida en dama de compañía? No. No daba el perfil ni para secundaria de un folletín.

—La sociedad no tiene ni idea —bufó Elise.

—Borda eso en el próximo cojín.

—Pues ¿sabes qué?, tal vez lo haga. En punto de cruz.

—¡Qué revolucionaria!

—Sí... Y no sé tú, pero esta revolucionaria se cae de sueño.

—Las palabras de Elise se perdieron en un bostezo que la mayoría de las damas habrían calificado como poco femenino.